

mas presuncion que lo habia hecho Rousseau con su prelado. En su apologia redoblaba los ataques contra la parte histórica de la revelacion, y diciendo: *Yo soy cristiano*, hacia la guerra á los dogmas del Cristianismo. Los sacerdotes católicos se mostraron mucho ménos irritados contra esta nueva produccion de Juan Jacobo que los ministros protestantes, porque cuanto mas se suponía que estos últimos se inclinaban al socinianismo, tanto mas temían ellos verse violentamente arrastrados á profesarlo. Y ellos fueron los que inquietaron á Rousseau en su asilo de Motiers-Travers, amotinando al pueblo contra él, dejándole desde entónces temeroso de los mas pequeños movimientos populares. Mientras tanto sus compatriotas le vengaban, haciendo vivas y tumultuosas reclamaciones contra un decreto de los magistrados de Ginebra que condenaba el *Emilio*, suscitando muchas controversias en una república en que las riquezas y las ciencias estaban demasiado extendidas, para que la aristocracia no fuese ya continuamente inquietada por el partido democrático. Rousseau prestó su pluma á los que defendiéndole querían obtener para sí mismos nuevos derechos. Y justamente sus *Cartas de la Montaña* fueron contestacion á un escrito ingenioso y profundo de Tronchin, el publicista ginebrino de mas mérito. Aunque las cuestiones que se discutian entre ellos no debían interesar á la Francia monárquica, sin embargo tomó parte en ellas, porque todos ponían la mayor atencion cuando se trataba de libertad. La tempestad se condensaba en Ginebra, los sediciosos pedían un jefe y Juan Jacobo era el designado para este puesto; pero él obrando esta vez como verdadero filósofo y como buen ciudadano, no quiso que una injuria personal prolongase las turbulencias de su patria: nada omitió para calmar á sus defensores; se negó á unirse con ellos, y sin saber adónde dirigirse, abandonó el principado de Neuchâtel, persuadido de que los ciudadanos habían querido apedrearle. Una amena isla del lago de Bieme sedujo su imaginacion, y creyó gozar en ella en paz de los placeres cuya delicia habia pintado tan bien, y olvidarse de los hombres, seguro de que ellos no le olvidarian. Pero una orden cruel del Senado de Berna vino á arrebatárle la tranquilidad que principiaba á gozar, porque temeroso de los principios democráticos de Juan Jacobo, fingió asustarse de sus principios irreligiosos, y perdiendo su acostumbrada moderacion, violó la justicia y la humanidad. Juan Jacobo, obligado á abandonar su isla predilecta, principió una vida errante. Hume, historiador inglés, deseoso de honrar á su patria con la presencia del autor del *Emilio*, consiguió llevarle á Inglaterra; pero la desconfianza y crueles injurias recompensaron los cuidados que Hume se tomó para que el desterrado pudiese gozar tranquilamente de su nueva morada, y Rousseau, que iba á recibir una pension del rey de Inglaterra, se creyó abandonado á sus mas terribles enemigos y volvió á Francia para cansar ó huir de nuevos bienhechores.

Voltaire, uno de los enemigos de Juan Jacobo, mostró demasiado ardor, no en perseguirle, sino en difamarle, irritado por los triunfos de un talento nada análogo al suyo. La elocuencia de Rousseau no tenía mérito alguno á sus ojos, sino cuando la dirigía contra la religion cristiana. Por esto Voltaire, siempre elegante, ingenioso, familiar y dispuesto á ocultar su ambicion literaria bajo las apariencias de la modestia, no concebía cómo podia agrandar tanto tiempo á los Franceses un estilo austero é imponente. Añadiase á esto que algunos Ginebrinos, admiradores fanáticos de su ilustre conciudadano, habiendo querido prender fuego á una sala para espectáculos que Voltaire habia hecho construir cerca de Ginebra, y con esta violencia habian irritado á Voltaire contra el autor de la *Carta sobre los espectáculos*. Si Rousseau despues de la proscripcion del *Emilio* hubiese ido á pedir un asilo á Ferney, Voltaire hubiera hecho consistir toda

su gloria en proteger á su rival; pero este último se guardó muy bien de tributarle tan simple homenaje. Las turbulencias civiles de Ginebra aumentaron despues su enemistad, y si Rousseau no expresó nunca la suya con indignos trasportes, Voltaire se abandonó contra él á aquel torrente de inectivas con que cubría á sus mas oscuros detractores. Y la cólera haciéndole tan injusto como abyecto, le inspiró el poema de la *Guerra de Ginebra*.

Bastó esto para demostrar las debilidades de dos hombres que parecían animados de un gran sentimiento de amor hacia sus semejantes. La diversidad ó mas bien la oposicion que existía entre sus caracteres y sus principios, hizo á la nueva filosofia accesible á los ánimos de genio mas opuesto, creyendo algunos ser propios para ella por su vivacidad, otros por su inclinacion á la sátira, y por aquella fácil benevolencia que es una consecuencia de la urbanidad; mientras otros creían que era inequívoca su vocacion por su franqueza, por su independencia y hasta por su mismo despecho. Así el epicureísmo y el estoicismo se mantuvieron en equilibrio; y estas dos doctrinas hábil y elocuentemente desarrolladas, no eran ya como entre los antiguos aplicadas solamente al bien individual, sino que tenían por objeto el bienestar de todos los pueblos, de todas las generaciones. De este modo el carácter nacional experimentó una rápida trasformacion, la frivolidad no quedó mas que en la superficie; fueron engañados los que gobernaban; la moral antigua no convenia ya á las nuevas costumbres, la Francia cesó de gobernarse á ejemplo de las demas córtes, el espíritu de discusion entró en las cosas de menor importancia, y los racionios que parecían mas áridos exageraban la esperanza.

Entre los jóvenes admiradores de Juan Jacobo se desarrolló especialmente el deseo frenético de reforma, y la funesta quimera de someter á una fusion completa el régimen social; aquello mismo que él habia juzgado bueno pero imposible, ellos lo miraban como un punto á que era preciso aproximarse, si no se podía llegar á él. Cada uno de ellos citaba las máximas absolutas de su *Contrato social* sin saber, ni meditar, ni admirar la última obra en que mostró su genio, y la única quizá en que dió pruebas de una sabiduria práctica, es decir, sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*. Fácil es conocer si aquellos que se salían de los límites impuestos por su maestro, respetarian la autoridad de Montesquieu. Si Rousseau con su desconfianza y alguna vez con su ira no hubiese rechazado á la joven turba de hombres y de mujeres que acudían á él para que dirigiese sus opiniones y sentimientos, su escuela hubiera sido quizá mas numerosa que la de los filósofos antiguos. ¿Y quién no habria deseado visitar bajo su direccion las alturas de Meilleraye y su isla de San Pedro? Cuántos compañeros no hubiera encontrado en sus excursiones botánicas? Aquellos mismos á quienes habia rechazado, conservaban hacia él una tierna piedad, y habia tambien algunos que se alababan mas de haberle encontrado en una pobre habitacion que de haber pasado algunos días en el castillo de Ferney, tan lleno de la gloria y de la beneficencia de Voltaire.

Despues de la publicacion del *Emilio* cesaron las producciones mas características del siglo xviii; pero lo mismo que en el siglo de Luis XIV, surgió una generacion de hombres de talento y de ingenio, que siguieron las huellas de aquellos genios que les habian abierto el camino para una nueva era. D'Alembert, demasiado ocupado en dirigir los intereses y los asuntos del partido filosófico, no llegó al fin que se propuso en el discurso preliminar de la Enciclopedia, y el servicio mayor que hizo á los literatos fué una oracion, en la cual les demostró que la nobleza del carácter puede aumentar la gloria de su profesion. Fontenelle habia engrandecido, ó por mejor decir asegurado su

gloria con los *Elogios de los sabios*; pero d'Alembert, como otros muchos literatos, olvidó que el candor y la sencillez son las principales reglas de la biografía. El talento, mucho mas rico, de Diderot estaba ahogado en la triste doctrina del materialismo, y si queria abrazar un extenso sistema como en su *Interpretacion de la naturaleza*, se hacia oscuro, difícil y sufría el castigo de ser ménos leído y aun ménos condenado que Helvecio; pero cuando trataba argumentos mas sencillos, mas felices, era imposible no reconocer la originalidad de sus pensamientos y el vigor de su pincel. El afortunado, el gran Buffon, situado fuera de las esperanzas y de la agitacion de los partidos, se abandonaba á la contemplacion de la naturaleza, y confiaba á alguno de sus discípulos compañeros de sus tareas el secreto de sus puros y magníficos colores. Duclos escribía para la posteridad Memorias históricas con la sábia independencia de su espíritu y de su carácter, y ocupado en las turbulencias de la nueva provincia de Bretaña, mostraba á La Chalotais una amistad fiel y aun muchas veces amorosa. El abate de Condillac, preceptor del príncipe de Parma, publicaba un *Curso de estudios* en que no dejaba de perfeccionar el uso del análisis, pero sin aplicarle felizmente á los fenómenos de la imaginacion ó del sentimiento. El abate de Mably, su hermano, multiplicaba sin ruido alguno sus escritos políticos, porque la autoridad no se asustara de verle censurar amargamente las costumbres de los tiempos modernos, llorar la libertad de las antiguas repúblicas, ó la que tenían los Germanos al salir de sus bosques. El *Belisario* de Marmontel no debió su triunfo al mérito real de los cuadros nobles y patéticos de los primeros capítulos, sino á la condena que la Sorbona pronunció contra algunas máximas de tolerancia, y una opinion sobre las penas eternas, que fué examinada teológicamente; débil tentativa de persecucion que no irritó á un escritor de moderacion. Marmontel habia conquistado ya el afecto del público con sus *Cuentos morales*, cuando principió á desarrollar su talento crítico; á estos títulos habia añadido el no ménos honroso de que encerrado en la Bastilla como autor de una sátira escrita por un amigo suyo contra un poderoso, tuvo la gloria de salir de ella sin nombrar á la persona por quien habia sufrido aquella pena.

Bailly y Condorcet trataban de conservar la alianza, contrada hacia mas de veinte años, entre las ciencias y las letras. El primero, aunque ocupado enteramente con sus hipótesis aventuradas sobre la antigüedad de los conocimientos humanos, anunciaba la reunion de los talentos que inspira el pensamiento de las grandes obras que hacen duradero su triunfo: Condorcet ocultaba bajo frias formas la obstinacion de un hombre de partido. Thomas despues de haber dudado colocarse entre los filósofos, merecia servirles de modelo, no por la pompa demasiado estudiada de su estilo, sino por la justicia y moderacion de sus principios y por su profundo respeto á la virtud. Celebrando los nombres de los que habian trabajado por la gloria nacional, trataba de dar nuevo vigor al amor patrio. El joven orador Servan, abogado general en el parlamento de Grenoble, unia el estudio de una sana filosofia con el de la jurisprudencia. Patrocinando á una mujer protestante, habia defendido con calor á todos los protestantes. Sobre todo trataba de aplicar á las leyes criminales algunas reformas indicadas por Montesquieu con su acostumbrada profundidad, y que César Beccaria en su tratado *De los delitos y de las penas* habia sostenido con un vigor que llegaba algunas veces hasta la declamacion. Otros muchos magistrados ambicionaban la nombradía de Montclar, de La Chalotais, de Servan; y mientras los órganos del gobierno cerca de los tribunales superiores le daban muchas veces consejos atrevidos, los abogados, olvidando en su mayor parte la antigua cuestion del jansenismo, rara vez dejaban escapar la ocasion de recomendar la

tolerancia con las personas. Tambien desde el púlpito predicaban alguna vez estas máximas oradores cristianos, que despues de haber combatido los excesos de la filosofia, confirmaban con frecuencia sus deseos mas prudentes en nombre de la religion. El teatro se habia convertido en la tribuna de los filósofos: en las tragedias, en las comedias, en el nuevo género llamado drama y hasta en la ópera bufa, se hacia una guerra implacable á las preocupaciones. Á veces se componía todo un drama solo con este fin, y con mas frecuencia se apartaban del sujeto, de la verdad histórica, de la fidelidad local, para atribuir los sentimientos del siglo xviii á personajes que debían suponerse completamente ajenos á las especulaciones filosóficas. Condenando de esta manera los usos crueles de veinte naciones, los espectadores creían que llevaban á cabo la reforma.

El poeta Juan Bautista Rousseau, desterrado hacia treinta años, murió en Brusélas en 1741. Recogido por el duque Du Lac y por el príncipe Eugenio, su espíritu habia luchado algun tiempo contra el oprobio, que es la mayor de las desgracias; pero su largo destierro y sobre todo un triste recuerdo dieron vigor á su imaginacion. El habia animado los primeros pasos de Voltaire, pero no pudo resistir el resplandor de su gloria; y en una entrevista que tuvieron en Brusélas en 1722, concibieron uno por otro una violenta enemistad. Voltaire se abandonó contra un hombre que era solo un objeto de piedad aun para sus rivales á aquella violencia de inectivas, á aquella cólera innoble y encarnizada que manchó todas sus disputas literarias. Juan Bautista Rousseau por su parte pareció un defensor demasiado sospechoso de la religion atacada por Voltaire. Pero como sus primeras obras llevaban el sello del siglo de Luis XIV, encontraba aun en Francia muchos admiradores y algunos apologistas. Muchos, conmovidos de su desventura, se persuadieron de la sinceridad con que él habia reprobado siempre, y reprobó de nuevo en el lecho de muerte, los infames versos que habian motivado su destierro. Crebillon hacia treinta años que nada habia hecho para aumentar su gloria, desanimado del mal éxito de algunas tragedias mal concebidas, y escritas incorrectamente y sin gracia. Causaba asombro el verle espectador casi insensible de los triunfos siempre en aumento de Voltaire, y á las convenciones de sus amigos respondía prometiendo su *Catilina*.

En la segunda época de la comedia francesa, Regnard, Dufresnes, Dancour y Le Sage habian resucitado en el teatro la gracia y la viveza, pero no la profundidad y la filosofia de Molière. Á esta habia sucedido una tercer época, y ocupaban la escena tres autores privados enteramente de vigor, Destouches, Marivaux y La Chaussée. El primero suplía la falta de genio como mejor podia, con la finura del arte, conduciendo siempre muy juiciosamente la intriga en sus dramas. Sabía delinear caracteres, pero nunca pintó uno completo, ni tampoco las primitivas pasiones del hombre, ó los caprichos propios del siglo. Los que atraídos por la pureza y el moderado esplendor de su estilo, le comparaban á Terencio, demostraron con esto que conocían muy poco la inimitable gracia del autor latino. Destouches en su vejez fué enemigo encarnizado, pero impotente, de los filósofos, y desfogó su bilis contra ellos en una multitud de epigramas, de los cuales no ha quedado ni uno. Marivaux tenía el espíritu de observacion que faltaba á Destouches, pero hizo perder su mérito á este precioso don con una sutileza excesiva. Sus comedias eran un análisis mordaz, pero poco variado de la influencia que tiene la vanidad en nuestros mas poderosos afectos, y con dificultad hubieran sido comprendidas en tiempo de Luis XIV, cuando las pasiones se manifestaban con grandes rasgos, y se rodeaban de una noble y heroica galantería. Sobre todo el estilo afectado con que estaban escritas las hubiera hecho ininteligibles. Sin



embargo, fueron bien recibidas en un tiempo en que todos se gloriaban de no dejarse arrastrar de su corazón, y miraban con ligereza los sentimientos más tiernos; pues el espíritu de constante observación corrompía los principios del gusto y la pureza de la lengua. Fácil es conocer cuánto se hubiera extendido el contagio de su estilo por el gran número de imitadores, si Voltaire no hubiese presentado un modelo muy diverso. Marivaux tenía secreta envidia á un escritor que, de mayor talento y de observaciones más delicadas, daba siempre á estas una expresión correcta y natural; pero no se atrevió nunca á ensayar contra él sus débiles armas: vivió tranquilo porque tuvo moderación. En vano quisieron algunos hacer la guerra á las patéticas comedias de La Chaussée: el público si no recibió con frenesí esta innovación, por lo menos la cobró afecto. ¿Qué justificación mejor que las lágrimas de los espectadores? La Chaussée además expresaba en buenos versos los preceptos de una probidad severa y de una bondad juiciosa. Este género agradó mucho; cuando la licencia va haciendo cada día nuevos progresos, cada uno siente la necesidad de contenerse y busca una barrera, pero no la más insuperable sino la más cómoda.

Todos estos cómicos fueron sobrepujados por Piron en la *Metromania*. Piron había tardado mucho en mostrar aquella fuerza de ingenio que de joven había anunciado en una producción del género más torpe, porque obedeciendo al capricho y muchas veces á la necesidad, había tratado durante mucho tiempo asuntos muy superiores ó muy inferiores á sus fuerzas. Sus motes, sus epigramas y sus parodias le hacían el terror de todos los que afectaban gravedad. Estaba á la cabeza de una sociedad de escritores, que bebiendo y cantando se cuidaban más de los placeres que de su propio nombre, y de gustos muy poco refinados para ser epicúreos. De esta sociedad, que se gloriaba de ser fiel á la jovialidad hereditaria de la nación, salían con frecuencia producciones delicadísimas, pero frívolas. Panard, que mereció ser llamado el *La Fontaine* del Vaudeville, se distinguía en aquella sociedad de escritores joviales y mordaces, que no respetando mucho la religión, se reían de la filosofía. Voltaire se guardaba muy bien de contestar á sus censuras, y su silencio demostraba cuánto temía la viveza de su ingenio.

Gresset aparecía en el siglo XVIII como un escritor del siglo de Luis XIV; tanto evitaba la delicadeza que quiere siempre ejercitar la mente, y que rara vez la satisface. *Satirizaba, pero con modestia*. Solo una cosa afectaba, y era en la negligencia; pero su estudiado artificio, descubierto muchas veces, desmentía el aire de desprecio á que deba tan gran valor. Creyóse por mucho tiempo que su puro y fresco colorido no podría aplicarse más que á pensamientos pueriles y tranquilos; pero el ingenioso pintor de las fruslerías del claustro y del pedantismo de los colegios observaba á los hombres sin mezclarse en sus vicios y extravagancias, y en la comedia del *Malvado* preparaba la mejor sátira del siglo XVIII. El hijo de Racine defendía la religión en un poema, al cual solo faltaba una cosa, la viva inspiración y la penetrante unción que su padre había tomado de los libros santos. Antes de Luis Racine había tomado un asunto de igual naturaleza el cardenal de Polignac, el cual, sin embargo, en su poema latino, dejó desear la delicadeza de sentimientos que convenia al sujeto. Le Franc de Pompignan, autor de una tragedia bastante apreciada, después de haber titubeado algún tiempo entre los deístas y los devotos, principiaba á declararse por estos últimos; pero aguardó atacar á los filósofos cuando estos habían llegado al más alto grado de poder, y resultado de esta empresa fueron las desgracias del resto de su vida.

Después de Molière no se había escrito ningún libro con tan franca jovialidad como el *Gil Blas*, narración siempre ingeniosa y sencilla al mismo tiempo. Para

la moral era aquella una época de crisis, y desgraciadamente Le Sage pintó demasiados bribones, su impunidad y culpables diversiones. El *Gil Blas* no solamente ofende á la moral sino á la honestidad, por lo cual los Franceses dudan asegurar que esta obra sea la mejor novela de su literatura. Después de escribir el *Gil Blas*, Le Sage gastó su ingenio en escritas producciones destinadas á las antecámaras y las puertas de calle. El abate Prevot, otro novelista, substituyó cuadros de negra tristeza á la viva y mordaz jovialidad de Le Sage; pero perseguido por la suerte, en sus producciones precipitadas y demasiado fecundas, no se elevaba cuanto parecía prometer su ardiente imaginación, su buen gusto y su rara facilidad. Antes de él los escritores habían evitado ofrecer á los lectores franceses largas escenas de tristeza, y especialmente la desgracia que sin cansancio y bajo todas las formas persigue á una misma víctima. Pero los continuos accidentes de la vida daban á Prevot demasiados medios de hacer este cuadro verosímil y variado. Por lo demás, no se sabía adónde había de refugiarse la jovialidad francesa desterrada de la novela y de la comedia.

Los sabios debían particularmente á Fontenelle aquella curiosidad que manifestaba el público por sus obras. Sus *Elogios* interesaban tanto como las *Vidas* de Plutarco. Describía en ellos la bondad de sus héroes con facilidad, con gracia, y algunas veces con tal sencillez que hacía desear á todos la paz de una vida laboriosa, modesta y solitaria. Queríase ver á aquellos hombres que estaban ocultos; se interrogaba su candor; causaba admiración, y se concluía por alterarle con elogiarse demasiado un mérito que desaparece cuando se le agrega la pretensión. Los doctos celebrados de este modo iban alejándose poco á poco de su primitiva ingenuidad. Reaumur, al cual la historia natural debía una obra sobre los insectos, y la física varios experimentos sobre el aire, descubría en sociedad cierto espíritu de dominio. Meiran, autor de una teoría sobre el fuego, agradaba por la agudeza de su talento original. Clairaut y La Condamine al mérito de un vasto saber unían la gracia y amenidad que solo puede fundarse en el cultivo de las letras.

La vida de Buffon estuvo exenta de turbaciones. Unido por breve tiempo con los filósofos, á los cuales no cedió en la temeridad de sus primeros pensamientos, después se separó de ellos sin ruido ni animosidad. Los filósofos le miraron más como á un tímido adversario que como enemigo; y las facciones que veían uno les hacía la guerra, unieron sus sufragios en favor suyo; por lo cual sus obras tuvieron la suerte regular, pacífica y majestuosa que convenia á los grandes objetos á que se dirigían. El genio de Buffon recibió un gran impulso del orgullo, y tuvo por fundamento la paciencia. Había tardado tanto como Rousseau en sus primeros pasos en la carrera de las letras; pero todo aquel tiempo le había empleado en un estudio profundo de las ciencias. Ya se había dado á conocer entre los doctos por la traducción del *Cálculo de las fluxiones* de Newton y de la *Estadística de los vegetales* del doctor Hálles, y por algunos experimentos; y con el ascendiente de su carácter adquirió cierto dominio sobre ellos, antes de haberle podido adquirir con el ascendiente de la gloria. El naturalista Daubenton, natural como él de Montbard cerca de Dijon, confiaba á la elocuente pluma de su amigo los resultados de las luminosas y exactas observaciones que hacía, y pocos hechos bastaban á Buffon para que su ardiente imaginación formase un sistema. Había ordenado su método de vida con una firmeza bastante rara: las facultades de su inteligencia, elevadas por naturaleza, se hacían cada vez más poderosas con un trabajo de catorce horas al día: fuera de sus estudios rechazaba la imaginación como una guía peligrosa; era sensi-

ble al placer, pero insensible al amor; nadie le ofendía impunemente; un duelo con un Inglés, en que este fué herido mortalmente, le dió á conocer por primera vez en el mundo. Le era indiferente cualquier reunión en que no dominase él; le era muy grato vivir en su tierra de Montbard, porque quería tener á su alrededor á sus vasallos. Este observador de la naturaleza era muy aficionado á la pompa del lujo; en su casa quería más bien aparecer como persona de elevado nacimiento que como literato, y se captaba la benevolencia de los grandes sin emplear asiduidad ni baja en los homenajes que los tributaba. La *Historia natural*, cuyos primeros volúmenes publicó en 1749, tuvo un principio tan elevado como audaz en la *Teoría de la tierra*. Cuando se hacía la guerra por todas partes al espíritu de sistema, debía ser recibida con sorpresa y desconfianza una hipótesis que explicaba el orden actual de la naturaleza por medio del choque de un cometa con el sol, de cuyos fragmentos se formaron los mundos. Nunca hubiera podido sospechar Newton que hubiese un hombre que destruyera ó contradijera tan formalmente el sistema en que había admitido como leyes de la naturaleza la armonía, la constancia y la inmutabilidad. La geología de Buffon explicaba de un modo más satisfactorio varias revoluciones del globo, la formación de los continentes, de las islas, de los ríos y de las montañas. Buffon dirigía el entendimiento á un género de investigaciones, ensayado hacia poco en Inglaterra y muy poco imitado en Francia: los doctos le agradecieron que les abriese nuevas sendas, y los literatos que les enseñase un nuevo modelo de estilo brillante y majestuoso.

En la *Teoría de la tierra*, despreciaba ó por lo menos eludía la autoridad del Génesis con una circunspección casi irrisoria. La Sorbona se hizo intérprete de las quejas del clero, y Buffon pudo satisfacerla más fácilmente de lo que creía con un vano acto de sumisión á la censura á que había sido sometido. Poco después abandonó las hipótesis por el peligro que había en manifestarlas, y empleó su rica imaginación en adornar con los más espléndidos y variados colores el cuadro de la naturaleza. La prosa francesa debe á Buffon una majestad no interrumpida, de que aun no se había creído que fuera capaz; y débese notar aquí que los cuatro nombres que honraron esta época, Voltaire, Montesquieu, Buffon y Rousseau, poseyeron todos en alto grado el arte del colorido. Voltaire, que había mostrado su mérito en la poesía, quitó de la prosa todo adorno ambicioso, así como un rey que en la vida privada quería mostrarse accesible y amable. La pluma de Montesquieu destilaba la expresión poética, así como la de Tácito esculpió, no adornaba los pensamientos fuertes. Buffon y Rousseau, libres y variados en su armonioso estilo, no trataban de imitar los efectos de la poesía, y no obstante algunas veces los producían mayores.

La *Historia natural* continuó publicándose bajo los auspicios del gobierno. Luis XV, siguiendo el ejemplo del cardenal de Fleury, protegía las ciencias porque comprendía cuánto podían contribuir á la prosperidad de un Estado. El gobierno había hecho prolongar el meridiano de París, que atravesaba la Francia de Norte á Sur, y cuyos trabajos habían principiado en tiempo de Luis XIV. Domingo Cassini había ejecutado este proyecto, su hijo Jacobo trazó una perpendicular de Oriente á Occidente á la meridiana, y entonces fué ya fácil levantar el mapa del reino. Excelentes geógrafos, llamados *cassinistas*, recorrieron toda la Francia, é hicieron de ella una fiel y detallada descripción topográfica. La navegación, la geografía, la óptica, la mecánica y la hidráulica hacían al mismo tiempo nuevos progresos.

Entre los efectos más notables que produjeron las *Cartas inglesas*, puede contarse una empresa que honra en gran manera al ministerio del cardenal

Fleury y al siglo XVIII. El sistema de Newton había encontrado muchos partidarios entre jóvenes de diverso talento en las ciencias. Voltaire le explicó más claramente y en seguida Clairaut, Maupertuis, La Condamine atacaron vigorosamente el cartesianismo, que encontró sin embargo defensores en Agnesseau y en otros viejos que habían seguido este sistema en su juventud. El cardenal Fleury, incitado por el conde de Maurepas, quiso demostrar una de las hipótesis más importantes del sistema de Newton, el razonamiento de que se había valido para determinar la configuración del globo, y propuso para este fin que se midiase un grado cerca del polo y otro en el Ecuador. Las ciencias enviaron sus misioneros: Maupertuis, Clairaut, Camus y Le Monnier fueron á Torn en Suecia, en los confines de la Laponia; La Condamine, Bouguer y Godin al Perú. Estos últimos partieron en mayo de 1735; aquellos un año después. Y en toda la docta Europa resonó un grito de admiración cuando las observaciones uniformes de la experiencia demostraron que Newton en su gabinete había determinado la forma de la tierra con la misma exactitud que si hubiese subido á la cumbre del Chimborazo y hubiese visitado el círculo polar. Los académicos destinados al Norte sufrieron más trabajos que peligros; pero no había obstáculo que no esperase á los que llevaron sus doctas investigaciones á las colonias desconocidas y supersticiosas de la Nueva España. ¿Cuántos esfuerzos de paciencia y de valor no tendrían que hacer para establecer sus señales sobre las cimas ó laderas de treinta y nueve montañas, en una extensión de ochenta leguas? En este viaje, que debía durar cuatro años y duró diez, La Condamine y sus compañeros mostraron una inalterable intrepidez, y casi estoy por decir, alegría; andaban al redor del cráter de los volcanes, y dormían cercados de nieve; tenían que dirigir á guías infieles ó pusilánimes; defendían en los tribunales de Lima la causa de las ciencias y de la hospitalidad, y conseguían hacer respetar una pirámide erigida en honor de su patria en las cumbres más elevadas del globo. La Francia, agradecida á los doctos que excedían su gloria y sus conocimientos, se tomaba tanto interés por las cartas de La Condamine y del sabio botánico Jussieu que hacía preciosos descubrimientos en el Nuevo Mundo, por las de Maupertuis y Clairaut, como si fueran acontecimientos públicos, y á su vuelta sentía la misma alegría que si fueran guerreros triunfantes; hubo un entusiasmo frenético por sus narraciones, y se les concedieron gloriosas distinciones que causaron la envidia de los literatos...

Apénas se anunciaba una revolución celeste, los doctos franceses emprendían largos viajes y creían una gran fortuna que el gobierno consintiese en sus trabajos y en sus peligros. Esperaban con impaciencia el tránsito de Venus por el disco del Sol, que había sido anunciado más de veinte años antes por el astrónomo inglés Halley para el día 6 de junio de 1761. Los dos sabios relojeros Le Roy y Berthoud preparaban relojes marítimos é instrumentos astronómicos de rara perfección. Dauville iluminaba sabiamente la oscuridad de la geografía de los antiguos, y sin salir de su gabinete parecía que adivinaba los sitios en que estuvieron las antiguas ciudades y monumentos, de modo que casi siempre acertaba cuando se examinaba el terreno. Anquetil y Adanson penetraban el uno en la India y el otro en el Senegal, el primero para descubrir los tesoros de una ciencia antigua, el otro para reunir las plantas de Africa, así como Jussieu había principiado á hacerlo en América. Con este último dividían la gloria de sus estudios botánicos sus dos hermanos. La botánica había encontrado hacia poco su Newton en Linneo, cuyo método y nomenclatura había adoptado la Europa culta; y aunque los Franceses, al ver que este nuevo sistema substituía al de Tournefort, habían sentido la misma



repugnancia que cuando Newton sucedió á Descartes, sin embargo, despues de una breve resistencia, cedió la vanidad nacional. En vano Buffon usó contra el profesor de Upsal la poderosa arma del ridículo; sus objeciones parecieron frívolas, y Linneo impuso sus leyes á los botánicos franceses. Poivre estudiaba la agricultura de la China y preparaba las honrosas conquistas que queria hacer para las colonias. Duhamel, que no era extraño á ninguna ciencia con tal que se tratase de hacer bien á su país ó á la humanidad, trataba de sacar á la agricultura francesa de la languidez en que habia caído hacia un siglo. En la medicina, aunque Francia no haya dado el ser á un Boerhaave ó á un Stahl, la escuela de Montpellier, dirigida por Teófilo Bordeu, hacia todo lo posible para sustituir las lecciones de la experiencia y los resultados del estudio á aquellos sistemas aventurados y á aquellas prácticas exclusivas que hacian mas oscura una ciencia demasiado llena de conjeturas. Mas seguros progresos hacia la cirugía, debidos á la especial protección de Luis XV, á los trabajos y á la noble liberalidad de La Peyronie, y al espíritu observador de Petit; la anatomía se perfeccionaba tambien en el anfiteatro de Montpellier, y los médicos y los sabios seguian los descubrimientos que habia hecho no hacia mucho tiempo el Suizo Haller. Casi todos los extranjeros que hemos nombrado habian adquirido en Francia derechos de ciudadanía, siendo asociados á la Academia de Ciencias; formándose así una alianza que tenia por objeto el mayor bien de la sociedad. Daubenton y Buffon creaban en Francia la anatomía comparada, la ciencia que exige mas vasta inteligencia. Bonnet, de Ginebra, aunque no siempre de acuerdo con estos, observaba las insensibles transiciones de la naturaleza de un reino á otro. Á pesar de los experimentos de Pascal, de Galileo, de Torricelli, los físicos se inclinaban aun á los sistemas; pero el abate Nollet los volvía á someter á la experiencia haciendo, sobre los fenómenos eléctricos observaciones cuyas consecuencias no descubria enteramente. La química esperaba aun la revolucion que habia de colocarla en el número de las ciencias exactas, y lo que es mas, de las mas útiles. Estaba reservada á la Francia la gloria de producir á Lavoisier, como en compensacion de no haber producido á Linneo ó á Newton.

El espíritu de invencion no se elevó nunca á tanta altura como en los siglos xv, xvi y xvii; pero no se hacian entonces aplicaciones tan extensas y directas de sus resultados como en el dia: los sabios formaban en medio de Europa como un pueblo distinto, del cual se hablaba con respeto, pero sin curiosidad. Los inmensos progresos de las ciencias fueron un atractivo para los literatos del siglo xviii; así es que muchos de ellos las cultivaban con fruto, y casi todos las apreciaban; muchos siguieron su método, y aquellos que se tenian por sabios, porque no se sentian movidos por el entusiasmo, se esforzaban por someter al análisis los fenómenos de la sensibilidad, y presumian poder estudiarlos por analogia segun las leyes físicas. De esta manera miéntras querian procurar la felicidad al género humano, degradaban al hombre en sus especulaciones, haciendo de él máquina para darle toda la perfeccion de que una máquina es capaz. Otros, arrastrados con mas fuerza por su imaginacion, mezclando con los votos de un sincero amor á la humanidad las inspiraciones del orgullo, querian renovar todo, culto, moral, política, opiniones. Su error y su ilusion consistian en querer hallar principios invariables y descubrimientos enteramente nuevos en cosas poco susceptibles de demostraciones exactas y que no pueden ofrecer resultados generales. Hablaban de experimentos y rechazaban los que no habian hecho ellos mismos; para estos innovadores, el mundo que tanto les ocupaba parecia una cosa creada ayer: la manía de encontrar errores en todo era la causa de los errores que difundian.

Hemos dejado á Voltaire en el momento en que se trasladaba á Berlin. Los dos hombres mas extraordinarios de su siglo se engañaron tomando por amistad lo que no era mas que una recíproca admiracion. La gran analogía de sus caracteres, mas que la distancia de su posición, era un obstáculo á su intimidad. Ambos, entusiasmados por la gloria, buscaban á un tiempo todos los medios de conseguirla; el héroe alemán hubiera podido colocarse al lado de los escritores mas puros del siglo de Luis XIV, y de los filósofos mas distinguidos de su tiempo; el poeta francés se creia apto para dirigir los consejos de un rey. Ambos tenían amor á la justicia y á la humanidad; pero el uno se separaba tan pronto como se trataba de una conquista, y el otro no temia suscitar las mas imprudentes turbulencias si por este medio conseguia hacer que hablaran de él. Federico se vengaba algunas veces como soberano rigoroso, y Voltaire como escritor veheméntísimo. El rey de Prusia, aunque era poco liberal, habia señalado á Voltaire una pension casi igual al sueldo de sus ministros, nombrándole ademas chambelán, pero este se creyó muy pronto humillado porque Federico no le consultaba mas que sus versos, que parecian á Voltaire fruto de una infeliz metromanía; y le hubiera sido ménos pesado el cuidado de gobernar dos ó tres provincias que aquella revision. Por otra parte no tenia cariño ni estimacion alguna á los compañeros que la suerte le habia hecho encontrar cerca de Federico: el ateísmo de La Mettrie le repugnaba; la epiléptica indolencia del marqués de Argens le parecia abyecta; le infundian terror el aire sombrío y los manifiestos signos de envidia de Maupertuis. Este sabio habia abandonado la Francia, porque le disgustaba oír elogiar continuamente las obras de otros; era presidente de la Academia de Berlin, y tan déspota como le permitia ser Federico, porque le parecía que no podría luchar mucho tiempo con un enemigo secreto que conocia el arte de la corte, y sentia en las márgenes del Spree el deseo de volver á su patria; el aparato militar que le rodeaba solo le ofrecia tristes imágenes, y al poco tiempo se cansó de decir y de oír agudezas en la cena del rey; su imaginacion se complacia ménos en la impiedad en una corte en que esta no ofendia á nadie; por lo cual estuvo muy lejos de valerse de su posición para este objeto y de impedir su vuelta á Francia con obras que mereciesen una proscriccion formal.

Deseoso de demostrar á sus compatriotas que conservaba los sentimientos de un Francés, aun en el fondo de la Alemania, Voltaire principió á escribir la *Historia de Luis XIV*; tampoco podia tomar mas noble venganza del gobierno de quien recibia desprecios y secretas persecuciones. Fué impulsado tambien á escribir esta obra por otro motivo no ménos juicioso, el ver debilitarse en Francia el sentimiento de admiracion por un reinado tan protector de las artes y por un rey que habia dado tantas pruebas de grandeza. La filosofía cesaba de agradaarle cuando ofendia su gloria. Desde su juventud habia luchado contra los progresos del mal gusto, y su amor propio humillado con el triunfo de Crebillon veía la vuelta de la barbarie, exageraba la decadencia de las letras, porque no queria dejar á ninguno de sus compañeros un puesto demasiado próximo al suyo. Buffon y Montesquieu no hacian á sus méritos completa justicia, y él por su parte no los admiraba sino con restricciones algo envidiosas. La paradoja de Rousseau contra las letras le habia irritado, y temia mas que apreciaba á este elocuente escritor. La historia del siglo de Luis XIV le parecia el mejor panegirico de las letras y de su influencia. Era á su juicio un sabio proyecto el de inspirar de nuevo á los ánimos el deseo de imitar las virtudes de Turena, de Catinat, de Fenelon y de los grandes sabios de Luis XIV; despertar el heroísmo y la galantería; socorrer al buen gusto que iba corrompiéndose. Ocupaban tanto á Voltaire estos pensamien-

tos, que en ninguna de sus obras se advierte ménos que en esta el sentimiento filosófico; por el contrario, se hace desear alguna vez. De todas las historias que posee Francia, la del siglo de Luis XIV es la única que ofrece los rasgos característicos de la nacion. Los hechos grandes se refieren en ella con la mayor sencillez, con el estilo de un hombre que los ve suceder se rápidamente y se acostumbra á ellos; en los hechos ménos notables la narracion es vigorosa sin ser demasiado familiar. El lector se halla presente casi realmente á las batallas y á las fiestas de Luis XIV; el autor se deja entusiasmar de manera que parece renunciar á discutir los efectos del lujo y á condenar los males de la guerra, y si pondera alguna vez los de la intolerancia, no lo hace con su acostumbrada indignacion. Trata siempre de disminuir las sombras de su brillante cuadro; con disgusto se detiene en los rumores de los descontentos y á examinar hechos graves y deplorables. En fin, se cree leer mas bien un panegirico escrito con arte y sin énfasis que una historia. La inoportuna division en capítulos es un error de gusto inexplicable en este escritor. Al escribir la historia de Carlos XII, siguiendo el ejemplo de los escritores antiguos, habia hecho una obra maestra; ciñéndose ahora á un método nuevo, disminuyó los grandes efectos de su talento y el interes de un reinado que en su conjunto se presenta á la imaginacion con tanta majestad.

El *Siglo de Luis XIV* fué acogido por los Franceses con entusiasmo como una sátira indirecta contra el siglo presente. Luis XV, envilecido por sus infames costumbres y por las viles intrigas de su política, no era el querido Luis, y todo hacia mas grande y mas caro el recuerdo del gran Luis. El gobierno, no atreviéndose á manifestar su disgusto, culpaba á Voltaire de haber abandonado la patria como si no le hubiese provocado á ello indirectamente. En el público se preguntaban el uno al otro con viva curiosidad sobre la amistad del rey de Prusia y de Voltaire, y apenas oían que habia nacido entre ellos cualquier disgusto, todos se alegraban creyendo que Voltaire desearia volver á Francia. Y no pasó mucho tiempo sin que gozaran el placer de saber que se habia roto completamente la amistad entre los dos.

Voltaire apenas hubo puesto el pié fuera de Prusia, se creyó por fin libre de la tiránica amistad de un rey cuya manía de hacer versos dirigia con poco fruto, y lo que es peor, con muy poco gusto. Pero ¿le abriria Francia sus puertas? No se atrevia á esperarlo. Los filósofos hacian tanto ruido que el gobierno debia temer dejarlos reunirse bajo un jefe que hacia mucho tiempo les habia dado ejemplos de audacia, y cuya mente era no ménos fecunda en estratagemas que en brillantes producciones. Persuadido de que era preciso tratar para conseguir su vuelta, se detuvo por algun tiempo en la corte del duque de Sajonia-Gotha. Las molestias de que se habia librado habian oprimido de tal manera su ánimo y entorpecido su imaginacion, que pudo someterse al fastidioso trabajo de compilar, para complacer á la duquesa, un compendio de cronología, los *Anales del imperio*, pero á lo ménos trató de demostrar que un talento perspicaz y elevado puede superar la esterilidad del argumento. Finalmente se aproximó á Francia; habia ya llegado á Francfort del Mein, donde le esperaba su sobrina madama Denis. El rey de Prusia al perder la esperanza de volver á ver á Voltaire, experimentó un pesar de esos que parecen propios solamente de las almas mas sensibles; pero el amigo airado se vengó como tirano. Voltaire con su sobrina, en una ciudad libre imperial, fué arrestado de orden de Federico, y el único pretexto que presentaron para justificar esta violacion del derecho de gentes, fué obligarle á restituir el manuscrito de las obras poéticas del rey de Prusia de que Voltaire no hubiera podido abusar sino por una vileza completamente inútil á su gloria y que habia dejado en Leip-

zig. Estuvo con su sobrina por espacio de tres semanas con centinelas de vista, molestado á cada momento por la estólida brutalidad de los agentes del rey, reía y lloraba al mismo tiempo, buscaba un consuelo en la esperanza de vengarse poniendo en ridículo al coronado metro-maníaco que le perseguía, y otras veces le conmovia aun el recuerdo del honroso tratamiento y de las pruebas de amistad que habia recibido. Recobró por último la libertad y entró en Francia; pero el ejemplo de lo que le habia hecho sufrir un rey que era su amigo, le hacia temer mucho mas por parte de Luis XV que no le queria. Vivió dos años en Alsacia, donde su mas fiel amigo, el bueno y modesto Argental, le informaba de los sentimientos de la corte respecto de él, y no olvidaba reanimar el celo de algun protector poderoso. Esta vida inquieta, en vez de disminuir la actividad de Voltaire, parecia aumentarla. Pero él era como el que aleja de sí las ilusiones y trata de disminuir su afan con la falta de esperanza. En aquella especie de destierro se dedicó al *Ensayo sobre el espíritu y las costumbres de las naciones*, con cuya obra queria hacer ver que era apto para una empresa no ménos vasta que la de Montesquieu; pero por desgracia queria superarle en la celeridad de la ejecucion. Se encerró por algun tiempo en una abadía de Benedictinos, donde pedía á la crédula bondad del Padre Calmet materiales para convertirlos en armas contra la religion.

Habia llegado para Voltaire el momento de realizar lo que habia deseado toda su vida. Sus riquezas muy aumentadas le aseguraban una existencia independiente, que hubiera podido ennoblecer con beneficios y con una magnificencia moderada. Pero ¿qué país, qué provincia queria acoger á un huésped reputado por tan peligroso? Á consecuencia sin duda de alguna ofensa que le hizo en Lyon el cardenal de Tencin, que habia conocido que la corte le guardaba algun rencor, tomó el camino de Suiza, y en las deliciosas márgenes del lago de Ginebra eligió cerca de esta misma ciudad la amena quinta de las *Delicias*, para pasar en paz el resto de sus dias. Satisfecho y lleno de orgullo al respirar un aire libre, dió rienda suelta á su alegría en una carta que al entusiasmo de un republicano unia la timidez del sabio. Pero agitaba en su mente pensamientos demasiado grandes y peligrosos para que fuese profunda aquella calma.

Entonces, por primera vez en su vida, reflexionó sobre la revolucion verificada en Paris durante su ausencia; revolucion cuyo principal instigador habia sido él. Los filósofos mirados como discípulos suyos habian adquirido ya una gloria personal. Las opiniones que profesaban diferian en muchos puntos de las suyas, y aun algunas eran enteramente contrarias. Voltaire, sin embargo, no mostraba apreciar demasiado su talento, y viendo que en la prosa trataban todos de deslumbrar la imaginacion y de excitar el entusiasmo, creia que desde entonces no se dejaria nada á la poesía. Pero tenia necesariamente que presentarse á los filósofos como su jefe ó como adversario, y prefirió lo primero. Y parece que los filósofos aceptaron sus órdenes, pudiendo sin embargo eludirlas, porque aparentando gran celo por su gloria, adquirian casi el derecho de impugnar lo que respetaban. Por otra parte, el aislamiento en que vivia Voltaire disminuía mucho la gloria de su imperio sobre sus discípulos, y no bastaba para compensarle la actividad de su correspondencia. En efecto, ¿cómo era posible amansar por medio de cartas el orgullo de Juan Jacobo Rousseau, refrenar el atrevimiento de Diderot, sacar á Duclos y á Condillac de su prudente reserva, é inducir á Buffon á buscar los peligros, cuando seguro ya de su fama habia dado á sus trabajos un fin noble y pacífico? Voltaire, creyendo encontrar en d'Alembert un fiel intérprete de sus deseos, principió con él una viva correspondencia, en la cual el gran poeta y el gran géometra, algunas veces juiciosamente, pero con